

¿Y QUÉ PASARÁ CUANDO PARE LA MÚSICA?



ANDRÉS GARCÍA LONDOÑO

Comencemos por pedirle un favor al lector. Abra su billetera y saque un billete. ¿Qué ve? Si lo que ve es un pedazo de papel y algodón con un número en él, está viendo con los ojos de la realidad. Si lo que ve es un valor en pesos o dólares que le permitirá comprar algo, está viendo con los ojos de la fantasía. La importancia de esto es que nuestro sistema económico entero está construido sobre la fantasía. Y en un momento u otro la realidad puede recordarnos la diferencia. Y será doloroso despertar.

Resumamos groseramente el sistema bancario moderno. Cuando los caballeros templarios crearon su antecedente durante las cruzadas, tuvieron una idea tan simple como magnífica. Un comerciante podía entregar su oro en una fortaleza templaria en Europa, viajar a la Tierra Santa libre de preocupaciones, y una vez allí reclamar la misma cantidad de oro (menos una pequeña cuota) con el comprobante que había recibido

a cambio. Como los templarios advirtieron que pasaba un tiempo mientras el comerciante viajaba y retiraba su dinero —y además no todos los comerciantes lo retiraban, pues el viaje era peligroso incluso sin riquezas—, pronto comenzaron a invertir y prestar ese oro. Así se convirtieron en la institución más rica de Europa, lo que al final llevó a la persecución y exterminio de su orden, pues no es tan buena idea dejar que reyes con poder absoluto se endeuden con uno, ya que, ¿qué pasa cuando esos reyes que han acumulado un exceso de deuda deciden no pagar?

El mayor problema con el dinero es que al parecer nunca es suficiente, no importa cuánto se tenga. El mejor ejemplo es España, que gracias a América fue durante dos siglos el país más poderoso de Europa, pero también el más endeudado, pues los reyes gastaban más en guerras y ostentación de lo que recibían. Para cubrir el déficit pedían prestado, y gracias a ello, puede decirse que los intereses pagados con las riquezas reales de América financiaron la Ilustración y el ascenso de los países de Europa occidental. Pero, aunque el sistema financiero sin duda ayudó a la decadencia de España, al menos puede decirse que se sostenía, pues en general se sustentaba sobre riquezas ya producidas.

El gran salto llegaría después. El problema de un sistema bancario es que demanda intereses y ganancias constantes. Hay que crecer o el sistema cae. Al principio eso no era problema, pues siempre había nuevas tierras que colonizar y explotar, pero hacia la segunda mitad del siglo xx la Tierra se quedó sin espacio nuevo. Ya casi no había nuevos grandes

yacimientos por explorar, y pocas grandes extensiones por explotar (entre ellas, la Amazonía, que no en vano está en peligro), así que se empezó a explotar el tiempo mismo de forma masiva para mantener la rentabilidad esperada. Y es que el crédito no es más que eso. Gastar dinero hoy con riqueza que aún no ha sido producida. Si compro una nevera con una tarjeta de crédito, soy más rico hoy, pero también menos rico en el futuro, pues tendré que pagar intereses. O si se quiere, parte de mi trabajo no me pertenecerá. La diferencia entre ambos tiempos es lo que llamamos “ganancia” y permite moverse al sistema. Pero las bases mismas del castillo de naipes empiezan a temblar cuando son los bancos mismos los que se endeudan, cuando ellos son los que prestan dinero que aún no ha sido producido como nada más que números impresos en un papel.

Bajo cierto punto de vista, la sociedad contemporánea no es más que un sistema de producción de dinero fantástico sostenido por el sudor de quienes producen la riqueza real. Y como ambas, la riqueza real y la riqueza fantástica, utilizan los mismos billetes, creemos que valen lo mismo y por eso las intercambiamos, pero su solidez es muy distinta. Cuando alguien paga por unas acciones en una compañía, no está pagando por cómo ve a esa compañía hoy, sino por sus expectativas de futuro. Sin embargo, el dinero que la transacción produce es gastado hoy, bien sea invertido, despilfarrado o pagado a los accionistas. Y cuando las expectativas no cuadran de forma masiva, como pasó en 2008, son los de abajo, los que producen la riqueza real, los que

deben pagar las consecuencias del dinero faltante en la gran caja global. Y la cuenta casi siempre es gigantesca, lo que nos lleva a Estados Unidos y su papel en la economía internacional. Aunque hay un número conocido públicamente en torno de la crisis del 2008, el de los más de setecientos mil millones de dólares que se prestó a los bancos estadounidenses para que tuvieran liquidez inmediata, en realidad es un secreto bien guardado el valor total de todos los papeles sin valor (como los *credit default swaps*) que el gobierno estadounidense les ha comprado a los bancos y aseguradoras para que el sistema continúe andando. Los estimados varían locamente, desde 16 billones hasta 66 billones de dólares (sí, con doce ceros, que es literalmente todo el dinero que había en el mundo en 2008). Sin importar cuál sea el número específico, es una riqueza que tomará décadas producir en la realidad para que las cuentas vuelvan a cuadrar.

¿Pero hay tiempo? Y si no, ¿a dónde nos llevará eso? Hoy casi todos los países del mundo negocian con Estados Unidos, y, gracias al acuerdo de Bretton Woods luego de la Segunda Guerra Mundial, es la única nación que puede comprar todos los objetos reales que quiera con billetes impresos en casa. Otros países aceptan esa situación porque se necesita una moneda común para negociar, pero muchos lo hacen a regañadientes. No en vano, el expresidente francés Charles de Gaulle llamó a esto el “exorbitante privilegio” de Estados Unidos, ya que, como explica el economista Barry Eichengreen, otros países “se ven a sí mismos sosteniendo los estándares de vida estadounidenses

y subsidiando a las multinacionales de ese país”. Una situación que se profundizó aún más cuando Nixon tumbó el estándar oro y abrió las puertas al dinero fiat en 1971, por lo que hoy el dólar (como la mayoría de las monedas) no se sostiene sobre nada más que la reputación económica del país y la demanda por su moneda. Además, como otros países quieren dólares y deuda estadounidense para poder negociar y ahorrar, eso le permite a Estados Unidos comprar más riqueza real que la que produce, lo que a su vez lleva inevitablemente a un déficit comercial y de deuda pública. Así que, tal como España en el XVII, EE. UU. necesita cada vez más dinero, y para ello vende su deuda, que hasta ahora siempre ha encontrado clientes interesados, pues el dólar se considera “una moneda segura” y comprar la deuda de ese país se ve como una forma de ahorrar antes que un riesgo. Pero en realidad EE. UU. cada día se parece más a un comprador compulsivo, pero rico, que tiene muchas tarjetas de crédito, y cada vez llega al límite de una, la paga con un adelanto en efectivo de la otra. Simplemente, no importa qué tan rico se sea, los intereses se acumulan. Así que, entre el déficit anual, el abismo insondable del 2008, los casi cinco billones de las guerras en el Medio Oriente, y el déficit generado por los recortes de impuestos a los más ricos que hizo la administración Trump sin mayores resultados, en 2028 EE. UU. estará pagando más de un billón de dólares anuales *solo en intereses*.

¿Por cuánto tiempo podrá sostener esta situación Estados Unidos? Por un lado, como las decisiones políticas y económicas de los últimos dos años no pa-

recen ser las más racionales, las alianzas que tanto han ayudado a sostener el dólar son cada día más frágiles. Por otro, es posible que gracias a su poder financiero y militar consiga mantener la balanza inclinada por varias décadas. Sin embargo, ¿puede asumir un país como Colombia el riesgo de ser arrastrado y retroceder en lo que tanto esfuerzo le ha costado? Y si no es así, ¿qué podemos hacer? Poco, pero importante. Quizás ante todo reducir la dependencia del dólar, como están haciendo otras naciones, incluyendo aquella que más dinero le ha prestado a Estados Unidos al comprar deuda e intercambiar mercancía por dólares: China. Y no sobra tampoco más regulación financiera, para impedir caer en el mismo hueco si el abismo global se abre. Después de todo, una de las razones por las que Colombia puede ser considerado un “país de riqueza mediana” es porque la mayoría de su riqueza es real, lo que nunca producirá las mismas cifras que la riqueza especulativa. Pero al mismo tiempo, eso hace que cuando el mercado se convulsiona, como pasó en 2008, pueda volverse uno de los destinos preferidos para refugiar los ahorros globales. Esto no implica dejar de comprar dólares, pues por ahora esa moneda es inevitable, pero sí diversificar las monedas en que ahorra la nación colombiana y los colombianos, de modo que, si los peores pronósticos se cumplen, el golpe sea duro, pero no catastrófico. Después de todo, dado que el dinero fantástico mismo puede verse como la última burbuja, en algún lugar habrá que empezar a reconstruir si todo estalla. Y por fortuna Latinoamérica, gracias a las lecciones

de su pasado, entre ellas la crisis de deuda de los ochenta, y sus enormes reservas de riqueza real, tanto natural como humana, está quizá mejor ubicada para hacerlo que la mayoría de los países del mundo. Pero si, y solo si, sabe primero reconocer su propio potencial. ■

¿HUBO UN FIN DE LA HISTORIA?



JORGE VALENCIA JARAMILLO

En 1992, Francis Fukuyama escribió un libro que causó un gran revuelo político, económico y social. Decía él que las luchas ideológicas para definir el mejor sistema de gobierno, y cuál era el más indicado de todos los métodos para que la sociedad produjera los bienes necesarios para su supervivencia, habían terminado con la disolución de la Unión Soviética y el fracaso del marxismo leninismo, en toda su extensión. Era claro, entonces, que la democracia liberal y el capitalismo o economía de mercado, se habían impuesto en todos los países desarrollados, después de siglos de ensayo y error, de dictaduras, de monarquías, de hegemonías de todos los

colores, de una especie de evolución darwiniana, vista con el prisma de los siglos. Eran, en definitiva, el ejemplo a seguir.

Que la democracia liberal misma podía tener muchos defectos, cierto que sí, pero que siguiendo a Churchill, con su pensamiento de profundo humor negro afirmaba, que no había más de dónde escoger, ya que los otros sistemas, paradójicamente, eran todos peores. Era, sin más ni más, el mal menor.

Y en cuanto al capitalismo, la historia misma de la humanidad podía ser muy dramática, a veces de horror por las terribles injusticias cometidas, pero no obstante y a pesar de todos los cuestionamientos éticos y morales, se había probado hasta la propia saciedad, que el egoísmo o la ambición humana —yo primero siempre— estaban, siempre están, por encima de todo otro sentimiento o, mejor, que en su camino, de forma deliberada o ciega, aplastaba lo que fuera, y que esa fuerza ciega, por lo tanto, empujaba el mundo, a menudo sin piedad alguna, pero de manera bastante productiva y eficiente. La mano invisible no tenía, no tiene corazón. Lo anterior para recordar en este momento, al economista y filósofo escocés, Adam Smith, padre incuestionable de la economía clásica.

Sin embargo, esto que luce tan claro y definitivo y contundente, no resultó, después de todo, ser el fin de la historia de Fukuyama. La historia siguió o volvió a empezar, si se quiere. La humanidad, la sociedad, los hombres nunca se detienen como no se detienen los ríos o, como dice Heráclito, viven en un devenir perpetuo, en una lucha de opuestos que no tiene fin.

Entonces, ahora se está cues-

tionando a fondo, tanto la democracia como el propio capitalismo.

Se afirma que los partidos políticos, esenciales en la vida de esa democracia, son un nido de corrupción permanente, que solo buscan enriquecerse y permanecer en el poder, violando todos los principios de la ética social. Que son mucho mejores, más eficientes, los gobiernos de mano fuerte, las dictaduras, y dan ejemplos a montón. Aquí y acullá. No hay duda, por lo tanto, que la Democracia, con mayúscula, está en discusión.

Y del capitalismo, ni hablar. Nadie puede negar que desde que se perfeccionó la idea de proponer trabajo —mano de obra— a cambio de capital (salarios), para abolir así la terrible esclavitud o la servidumbre que había sobrevivido por siglos, después del siglo XIII, el mundo cambió, cambió de manera fundamental en todos los sentidos. Cientos de millones de personas disfrutan hoy de mejores condiciones de vida, el avance, por lo tanto, ha sido sustancial.

Pero también ese crecimiento, esa riqueza, ha resultado ser profundamente desigual y tenemos hoy día sociedades con serias fracturas. Pero aquí sí no aparecen las opciones, los sistemas ya probados que puedan reemplazar a ese capitalismo llamado salvaje por muchos, a ese capitalismo despiadado. ¿Socialismo otra vez?, no, mejor ni hablar, entonces, ¿qué?

Pero aparecen nuevos teóricos que afirman que los que han puesto en práctica el socialismo, o el marxismo leninismo, no lo han sabido hacer, que hay que volver a empezar para corregir los errores.

O sea, la historia, para muchos, debe volver a empezar. ■